

INICIACIÓN, CARACTERÍSTICAS Y ABANDONO DEL PANDILLAJE JUVENIL EN LIMA¹

Jerges LOAYZA JAVIER

Universidad Ricardo Palma
manuel.loayza@urp.edu.pe

RESUMEN

El artículo busca reconocer la problemática biográfica en torno a ex pandilleros, a partir de entrevistas e historias de vida recolectadas entre el año 2013 y el año 2015. Se ahonda en los discursos, motivaciones y vivencias más íntimas de jóvenes, percibiendo en la desestructuración familiar, rituales de efervescencia colectiva, defensa del territorio y estigmatizaciones mutuas inter grupales, como principales variables que nos permiten entender la iniciación y el recrudescimiento de la violencia pandillera. Finalmente, se propone como elementos que alejan a sus miembros del pandillaje, por un lado la posibilidad de verse a sí mismos desde una mirada de un otro generalizado más consensuado, y por otro asimilar el peligro que cunde sobre ellos, que pudiera acabar con sus vidas o estigmatizarlos perennemente.

PALABRAS CLAVE

Juventud, violencia, efervescencia.

INITIATION, CHARACTERISTICS AND ABANDONMENT OF YOUTH GANGS IN LIMA

ABSTRACT

The article seeks to recognize the problems surrounding former gang members, from interviews and life stories collected between 2013 and 2015. It delves into the speeches, motivations and more intimate experiences of young people, perceiving in family breakdown, rituals of collective effervescence, territorial defense and mutual inter group stigmatization as main variables that allow us to understand the initiation and deterioration of gang violence. Finally, it is proposed as elements that keep members of the gang, first the possibility of seeing themselves from a viewpoint of a generalized other more consensual, and secondly assimilate the danger spreads about them that could end their lives or stigmatize perennially.

KEYWORDS

Youth, violence, effervescence.

Recibido: 20/5/2018
Aprobado: 20/7/2018

¹ Este artículo está dedicado a la memoria del "Zorro".

1. Introducción

El pandillaje ha representado, por mucho tiempo, el constante enfrentamiento generacional entre las juventudes desbocadas y un mundo adulto que se dedicó a controlar y castigar toda actitud disfuncional que amenace la seguridad de la sociedad. Dicha dicotomía valorativa ha pretendido solucionar el problema a través de las duras penas, sin dar cuenta que la densidad intersubjetiva y simbólica de los grupos que componen este fenómeno juvenil merece ser analizada profundamente para aproximarnos a posibles soluciones de índole menos punitiva.

Es así que se plantea como objetivo principal explorar y comprender los discursos y vivencias de jóvenes pandilleros pertenecientes a la ciudad de Lima, gracias a historias de vida y entrevistas a profundidad aplicadas en base a la confianza generada en jóvenes pandilleros en el contexto de una labor etnográfica durante el año 2013. A partir de ello se analizan las motivaciones que se construyen en torno a la violencia juvenil gregaria, así como el rechazo que permitió abandonar dichas manifestaciones a los entrevistados.

El prejuicio rebasa con creces cualquier atisbo comprensivo que analice lo que viene ocurriendo en el mundo pandillal. Este artículo pretende contribuir, en base a la recolección de información reunida, plantear algunas características que sean capaces de hacer algo más que corregir al joven infractor en un juego disyuntivo entre lo bueno y lo malo. Su busca posibilitar caminos para que reflexione por sí mismo que todo comportamiento pandillal trasciende el propio grupo de pares, de modo que se genere en él o en ella la necesidad de sopesar entre el ejercicio ciudadano o la estigmatización de toda condición delincuencial.

El interés de la investigación radicó en lo que Gilligan (1994:15) denominó “la interacción de experiencia y pensamiento, en las distintas voces y en los diálogos que hacen surgir, en la forma en que nos escuchamos a nosotros mismos y a los demás, en las cosas que contamos acerca de nuestras vidas”. Con ello se plantea la posibilidad de una sociología de las juventudes pandillales que ahonde comprensivamente en las características que las aparten de una estructura delincuencial y de un individualismo aislado des-estructurado que amenace a la sociedad misma. Apostamos, de esta forma, por una sociología comprensiva capaz de trabajar interdisciplinariamente con otras profesiones inmersas en la problemática, como la psicología, la criminología y el Derecho.

Metodológicamente se plantean entrevistas e historias de vida, rescatando datos que nos permitan dilucidar algunas aproximaciones para su manejo, control y posible solución. Los datos se han analizado en torno a variables como la atracción, el miedo, el temor o posteriores resistencias al pandillaje.

2. Metodología

La investigación se ampara en técnicas cualitativas, tales como la entrevista a profundidad y la historia de vida. Considérese que el joven necesitará mucho más tiempo para adquirir experiencia del adulto y su propia autonomía: su dependencia de otros, especialmente de sus padres, demorará mucho (Blumenfeld 1963: 93). En líneas

generales, partiendo de un análisis comprensivo, el modelo de investigación tomado fue el exploratorio, insertándose en un proceso de descubrimiento, concibiendo, así, una investigación de la teoría fundamentada o grounded theory.

Para tener suficiente capacidad empática, al momento de investigar, fue necesario que la acogida del grupo ajeno sea benigna hacia uno mismo. Para efectos de la recolección de datos, se adoptó la personalidad de un joven más en contextos compartidos, atendiendo, para ello, diversos marcadores sociales de integración como atuendos, peinados, lenguajes, posturas y gestos; así como el consumo de gustos culturales, propios de los heterogéneos nichos culturales investigados, accediendo a la intersubjetividad juvenil, la cual si bien no se encuentra tan alejada a mi propia edad², es infinitamente más diversa que mi propia experiencia de vida.

La investigación tuvo lugar en el año 2013 y en el año 2015. Se realizaron entrevistas a un total de ocho jóvenes, entre ex pandilleros y pandilleros, quienes relataron experiencias en torno a la violencia pandillal de la cual fueron protagonistas. En el año 2015, se tuvo acceso a un caso penalizado en torno a una joven pandillera que relató las múltiples experiencias de su vida que podrían explicar, de algún modo, su actitud delictiva. Se tienen, entonces, tanto pandilleros barriales, como integrantes de barras bravas. A continuación puede visualizarse las características de los entrevistados:

Nombre	Edad	Distrito	Ocupación	Año en que se recolectó la información
Kasandra	22	Ate-Huaycán	Vende alfajores, chicles y golosinas.	2015
Chucho	20	El Agustino-Puente Piedra	Trabaja como cobrador en una combi.	2013
Michael	17	San Juan de Miraflores	Se está preparando para ingresar a la Universidad.	2013
Roberto	17	Villa María del Triunfo	Estudia en Cibertec	2013
Juan	20	Surco	Estudia Ingeniería Industrial en la Universidad de Lima	2013
Simón	18	Cercado de Lima	Productor y compositor	2013
Julio César	16	San Juan de Miraflores	Estudia en Quinto de secundaria y en una academia.	2013
Pepe	17	Carmen de la Legua Reynoso	Estudia en Computronic en la Av. Wilson.	2013
Chino	20	Bellavista	Trabaja en una empresa aeroportuaria.	2013

2 Para los fines señalados, mi edad al momento de recolectar los datos es de 28 años.

3. Marco teórico

Cada generación, cada producción, cada forma de presentarse, de aparecer, de ser y de estar de las juventudes, es inescindible de la situación donde se produce. Es decir, de un tiempo y un espacio determinados marcando singularidades y modalidades específicas (Vommaro 2014). De este modo la juventud se pluraliza, y sus rasgos diversos y múltiples, lejos de constituir excepciones o debilidades, emergen como características distintivas y potentes de las juventudes en la actualidad (Vommaro 2014: 59).

A partir de esta lectura es que se rechaza por entero la biopolítica negativa que se expresa en el desarrollo de aparatajes jurídico institucionales que crean mecanismos de excepción, exclusión y suspensión de derechos, a adolescentes considerados peligrosos e indignos de vivir- léase desechables e irre recuperables - por un supuesto potencial violento (Chiriboga 2013: 27). Es así que Feixa (2015) criticará el tipo de modelo utilizado para contener el pandillaje, puesto que se caracterizará por la manufactura policial de la noticia, así como por la presión en demostrar la eficacia en la lucha contra el crimen, privilegiando la cantidad de detenidos por encima de la calidad que implica la prevención del delito. Como consecuencia, dichos procedimientos conducirán a la estigmatización de algunos individuos, más que de otros, como delincuentes (Picca 1993:171).

Por el contrario, el recurso de la violencia en las pandillas, utilizado para actos diversos que van desde el robo y el asalto a la pelea callejera y el asesinato, debería comprenderse, sostiene Cerbino (2012), a partir de que los jóvenes pandilleros aplican un complejo mecanismo imaginario simbólico que sostiene el «tipo» de afirmación necesaria para dar sentido a su acción y, por supuesto, a su existencia. El «régimen de la visibilidad» actuará como una de las condiciones constitutivas de la modernidad, estructurándose en el sujeto como un modo de ser a través del «ser visto», del goce escópico que lo alimenta, obligando a que los sujetos contemporáneos sostengan una lucha permanente para proyectarse por medio de su visibilidad (Cerbino 2012: 25).

Sin embargo este tipo de constructos no son considerados, puesto que los jóvenes pandilleros, recalca Feixa (2015), serán presentados como demonios sin rostro, salvajes despersonalizados, más que malos: malísimos. Este autor descubre que existiría un “estado penal” que tolera una zona gris donde algunos principios del estado de derecho parecen quedar en suspenso, y donde la cárcel es el destino natural de estos jóvenes. En líneas generales se ve al delincuente como un ser anormal, como un tumor en la sociedad. El error, entonces, consiste en estudiar al delito como un hecho autorreferente, identificable por sí mismo, estudiando al delincuente aislado con independencia total del medio externo y su influencia (García 1997). Es necesario superar los modelos de oposición binaria que invisibilizan los lugares y las condiciones donde las violencias se persiguen incesantemente unas a otras, dibujando un círculo que hace inviable el establecimiento de esa oposición (Cerbino 2011).

Si partimos de que la violencia no es solo producto de ciertos hechos o actos, sino que emerge a partir de situaciones relaciones que tienen múltiples sentidos, definir qué es violento y qué no lo es, así como también quiénes son denominados como violentos y quiénes no, es parte de una lucha simbólica que se actualiza permanentemente (Di Napoli 2012: 42). Tenemos un enorme desafío para repensar la violencia juvenil, no como expresión de comportamientos desviados de la norma social establecida o como signos de una patología juvenil, sino más bien como el terreno en el que muchos jóvenes encuentran lo mismo que aquellos que no recurren a ella: el reconocimiento en un espacio social altamente competitivo y conflictivo, como el que plantea la modernidad contemporánea (Cerbino 2012: 22). Es más, el pandillaje podrá tener un impacto socio político en países de gran incidencia de la violencia juvenil tales como El Salvador, en donde la población expuesta a un contexto dominado por las pandillas confiará menos en el gobierno nacional aun cuando no haya sido víctima de algún delito: la administración pública será evaluada negativamente (Córdova, 2017).

4. Discusión de resultados

4.1. La familia como amenaza en la socialización

Es importante comprender el fenómeno de la violencia doméstica en el hogar como consecuencia de la creciente tensión, al no poder cubrir las necesidades básicas, produciendo frustración y hostilidad entre sus miembros. Este territorio primario resulta un espacio donde los modelos de socialización son precarios, recurriendo, por ello, a los pares. Para comprender las motivaciones que acercan a un adolescente al pandillaje, es necesario comprender la socialización violenta a la que se aproxima. Para ello analizamos dos historias de vida.

Chucho (20) fue un joven perteneciente a las barras bravas. Asimismo fue víctima de violencia doméstica en su niñez, teniendo graves consecuencias en su propio mundo íntimo. Se trata de un contexto vivencial sumamente representativo en muchos jóvenes pertenecientes a espacios urbanos marginales sin mayores oportunidades de pertenecer a espacios de socialización más justos y recíprocos. Chucho relatará que lo más difícil para él en su vida diaria es: “pensar en los demás, en mis penas y tristezas o recordar lo malo que me pasó en el pasado”. Su familia estuvo encabezada por un padre incapaz de amarlo. El lenguaje de la violencia empezó a manifestarse desde su propio hogar, lo cual lo hundió aún más en la desesperación:

Chucho: No vivo con ningunos de mis padres, con mi hermano no me veo porque trabaja en provincia, con mi padre no me llevo desde los 15 años por abusivo, me pegaba con lo que encontraba desde los siete años. No sé por qué me pegaría, por malcriado será. Con mi madre nunca he vivido, no sé por qué.

Entrevistador: ¿La extrañas?

Chucho: No, si nunca ha vivido conmigo.

Su vida se caracterizará por la soledad: su hermano se encontrará lejos, su padre habría abusado de él con suma violencia, y su madre, última referencia de amor maternal, estuvo siempre ausente. Su padre, quien debía suplir el enorme vacío dejado por su madre, no le ofreció sino golpes e incomprensión. Como respuesta, Chucho prefirió ser libre “como el viento”, es decir, no aferrarse a institución o a persona alguna, dando lugar a un individuo sin el menor atisbo al miedo de lo que pudiera ocurrirle en un enfrentamiento pandillal:

Entrevistador: ¿Y por qué crees que tu papá empezó a pegarte?

Chucho: no sé, seguro se desquitaba, seguro cuando algo no le salía bien. Me pegó hasta los quince años, no te digo que me salí de mi casa, no me gusta recordar, es algo fregado para mí recordar. Desde que yo nací mi madre nunca vivió conmigo y mi viejo trabajaba en un carro y a veces había y a veces no (dinero) por eso será (que lo golpeaba). Cogí mis cuatro trapos y me jale. Ya no aguantaba más golpes.

Entrevistador: ¿Qué dijo tu papá?

Chucho: Nada, qué iba a decir, si se iba una boca menos que alimentar. Mis hermanos menores se fueron con mi madre cuando yo me fui. No te digo que a mí me gusta estar libre como el viento. Me fui a seguir trabajando en un carro de transporte público. Dejé el colegio en segundo de secundaria, no pienso retomarlo, ya fue ya.

Tampoco habrá amor para quienes lo empujaron a sostenerse por sí mismo cuando no llegaba a cursar ni la mitad de la educación secundaria. Además del rencor que su padre puede haber abrigado por su propio hijo, el joven entrevistado revela que lo enfrentó debido al descubrimiento de una familia paralela: “Cuando tuve problemas con mi padre, me peleé con él por cosas entre él y yo. ¡Por motivos de infidelidad! De hermanos ocultos, yo reclamé y el actuó. Yo me defendí y terminamos mal”. Chucho retrata muy bien una situación recurrente dada las demandas de alimentos que pululan en los juzgados en contra de hombres que incumplen sus funciones de manutención hacia sus menores hijos e hijas: hogares cuyos padres con múltiples “familias” reducidas a hijos, muchos de ellos clandestinos, con diferentes mujeres. Ello no sólo recrudecería en la infidelidad, en sentimientos de traición en los hijos e hijas, sino en una forma de sentar débiles bases de pertenencia familiar.

Es por ello que por aquel entonces Chucho reconocía en las calles un segundo hogar, o acaso lo más parecido a un hogar. Asistimos a un triple salto mortal que implicará la aniquilación del valor, de la representación y de la realidad, teniendo como consecuencia que la indiferenciación de los valores empezará con una indiferencia hacia nosotros mismos: un nihilismo exacerbado (Baudrillard 2006).

Aun hoy en día sigue en las esquinas: “Me decían que era un callejero, no había comunicación. Ahora estoy tranquilo salgo a huevear paro en la esquina. Pero ya no es como andar en la barra, hago hora nomás enterándome de lo que pasa a diario”. Es ésta

su única ligazón con el cuerpo colectivo de la sociedad, salir a “huevoear”, como él mismo afirma. Inclusive la familia que él mismo inició, fracasó en el intento de construir algo que rebasa su individualidad:

Lo mejor que tenía es la muchachita que está en la foto (la muestra), es mi ex. El niño que sale con ella es mi chamaquito, pero no los veo, no sé qué será de ellos, hace dos años que no los veo. Ella era la mujer que me hizo sentir cosas maravillosas hasta que se fue de mi lado porque me engañó con mi mejor amigo.

Más allá de las razones que lo alejaron de aquella nueva familia, lo cierto es que no tenía a nadie cerca de él, ni siquiera a su propio hijo. Su libertad se había convertido en una especie de exilio. ¿Acaso no tendió lazo familiar alguno con ellos debido a la figura conflictiva de su padre? ¿Acaso sus manifestaciones pandillales no eran solo un modo de trascender, sino de destruir o ser destruido? Chucho, de este modo, se sentía cada vez más aislado:

Entrevistador: ¿Y qué tipo de problemas sientes que tienes?

Chucho: No sé, me siento solo sin nadie a mi lado.

Entrevistador: ¿Y a tus hermanos porque no los visitas?

Chucho: ¿Para qué? No lo sé.

Estas sensaciones que lo aislaron del entorno colectivo lo arrastraron al intento de suicidio, al parecer ingiriendo algún veneno. “Un montón de veces (intenté suicidarme), cuando estoy con depresión, hasta tengo lavados gástricos. No sé cómo me salvo, la última vez el hijo de mi vecina se metió a ver qué es lo que estaba haciendo porque me vio entrando a mi casa llorando”. Nuestras conversaciones se tornaron siempre como las de alguien que urge de atención, de respeto y de cariño. Ello se reflejaría en cierta sensación de estigmatización que lo alejaba de los demás. Es así que al momento de preguntarle sobre su mayor defecto, emitiría sentimientos de auto estigmatización:

No sé, seguro mi color moreno o será que soy medio loco, será por mis problemas y mis sentimientos o mi forma de pensar la muerte. Tengo varios cortes. Me he querido suicidar porque la vida me apesta, todos los que dicen ser mis amigos, al final me entero que solo me querían por interés. Por ejemplo cuando tengo dinero se me pegan como moscas y cuando no tengo, no están.

La estigmatización que protagonizaba había calado en él al punto de reproducirla en su propia vida. El estigma genera sentimientos de vergüenza y de inferioridad de tal forma que el estigmatizado crea su condición de inferioridad ante el resto, “haciendo carne la inferioridad” y aceptando la marginación como una condición “natural”, contribuyendo, a su vez al mantenimiento del “orden social” y a la reproducción de las desigualdades (Bottaro 2012).

En sus intentos de suicidio también habría utilizado armas punzocortantes. Para él la muerte se transforma en una compañera, una aliada cotidiana con la que

interactúa intentando soterrar y acallar el dolor que lo atormenta, puesto que no llega a reconocer a nadie que realmente lo aprecie. Según refiere, solo se interesarían por cosas superficiales, sin llegar a abrigar esperanza alguna, sumiéndose en la frustración y en un escepticismo que día a día crece.

Poco a poco caería en el peligro de cierta contra-estigmatización, en donde recurriría a medidas activas de acción frente a la estigmatización: frente al desprecio, se comportaría de la manera que se espera que se comporte (Bottaro 2012). Es que se conoce como etiquetamiento o “profecía de autocumplimiento”: la calificación de una persona como criminal tiene este carácter, generalmente pone en marcha mecanismos para que la persona se ajuste a la imagen que los demás tienen de ella (García 1997), es decir una serie de características, como el de la desestructuración familiar, que harán de Chucho un candidato a convertirse en un delincuente más.

La segunda historia de vida, recolectada en el año 2015, corresponde a Kasandra (22)³, quien habría sido atrapada robando un inmueble, como lo relatará posteriormente. Ella accedió a relatar el modo en que desde pequeña habría trabajado, sintiendo en todo momento que no tuvo el apoyo deseado para desarrollarse debidamente:

Desde los siete años trabajaba, mi madre me llevaba a trabajar. Así me ganaba la vida y me fui acostumbrado desde pequeña. Apoyaba a mi madre porque mi padre tenía un vicio y no teníamos su apoyo. Él tenía el vicio del alcohol. Yo era la mano derecha de mi mamá. Así crecí, sin apoyo. No era una niña que recibía todo.

Aunque lo hubiera querido, no tuvo la posibilidad de disfrutar de una infancia y una niñez libre de preocupaciones. Por el contrario, no solo no recibió todo, sino que adoleció de lo más importante, de la atención de su propia familia. Obligada por la difícil situación económica, creció en las calles, siendo víctima de sus peligros y sus males: “Fue pasando el tiempo y yo seguía trabajando. Siempre andaba hasta tarde en las calles, siempre había abusivos y recibí humillaciones. Fui creciendo con esas cosas, me golpearon, me maltrataron. Hasta un día casi me violan pero llegué a escapar y no me violaron. Pasé tantos peligros en la calle. Siempre me salvé.”

Su niñez fue atropellada y atribulada, impropia de cuanto hubiera deseado. La humillación de la que fue objeto en todo ese tiempo revela la imposibilidad de ganar reconocimiento y respeto hacia sí misma, cuidando de no ser golpeada o violada en dichos contextos tan peligrosos. Inclusive, cuando al fin pudo ser adolescente, ni siquiera pudo encontrar una relación amorosa que la convenza de que no todo era malo:

Cuando fui creciendo, a los 15 años me enamoré por primera vez. Me enamoré así horriblemente pues, fue mi primera experiencia. Estuve 3 años con él. Este chico estaba metido en las drogas, y yo perdí mi inocencia con él, pues yo era

3 Agradezco al sociólogo Fernando Rivera quien me asistió para aplicar la entrevista a Kasandra.

una niña de 15 años. Andaba asustada porque mi mamá no se enterara de eso. Vivía una vida enceguecida, vivía una vida por vivir.

Vivir una vida por vivir refleja no solo una profunda insatisfacción por lo realizado hasta entonces, sino de cuán tortuoso fue para ella tener que vivir una vida que representaba más una carga difícil de llevar, que un sano y pleno desarrollo de su personalidad. A este difícil contexto le deberá haber tenido comportamientos negativos, tales como rodearse de personas dedicadas a la delincuencia o a las drogas:

Como nunca he tenido mayor apoyo, por eso andaba mal. No tenía apoyo de mis padres pues, es más yo apoyaba a mi mamá porque no teníamos el apoyo de mi papá. Pero agradezco bastante porque gracias a ellos ahora yo sé lo que es trabajar. Sé trabajar y me desenvuelvo en cualquier cosa. Me gano el cariño de la gente y nunca me muero de hambre. Gracias a Dios, siempre he sido una persona muy noble y buena de corazón.

Trata de encontrar algún tipo de asidero para sostener una hipótesis positiva de aquella inexistencia del apoyo que siempre deseó. Aprender a trabajar en todo tipo de situaciones la lleva a pensar que no todo fue malo en su vida, puesto que de esa forma aprendió a estar preparada para lo peor. Sin embargo no fue únicamente la calle, a la que obligada a asistir para trabajar, su principal enemiga, sino su propio contexto urbano: “yo vivía era en Huaycán, y allí más bien es movido y hay cosas malas, entonces yo empecé a decrecer, empecé a irme por un camino feo”. Con ello puede dilucidarse que el barrio en que se crece puede representar una aguda amenaza, estructurando diversos comportamientos negativos, muy a pesar de los propios actores.

Asistimos a ciertos determinismos que, en la ausencia de una familia lo suficientemente fortalecida por sus miembros, provocan que una mujer como Kasandra, pese a su nobleza, aminore sus posibilidades de agencia. En efecto, tal como Alexander sostiene, al rechazar radicalmente el poder de la estructura social, la teoría individualista no le hace ningún favor a la libertad, pues fomenta la ilusión de que los individuos no necesitan a los demás o a la sociedad en su conjunto, ignorando el gran sostén que pueden proporcionar las estructuras sociales a la libertad (Cit. En Beltrán 2005: 260).

4.2. La influencia de los pares y de la efervescencia pandillal

En este punto puede reconocerse al mundo de pares como mediadores para el encuentro entre el joven integrante y las pandillas. Con ello nos referimos a jóvenes que no fueron, necesariamente, víctimas de intensos cuadros de violencia doméstica. Si bien no es mecánico que alguien que ha sufrido algún tipo de violencia intrafamiliar integre estas peligrosas bandas juveniles, tampoco lo será que jóvenes pertenecientes a entornos alejados de dicha violencia, puedan integrarse a estos peligrosos espacios.

En ese contexto se halla Pepe (17), quien empezó en su vida pandillal desde la temprana edad de 10 años.

No estamos únicamente ante un fenómeno de pares que fueron capaces de influenciar sobre él, debido a que su “barrio” se desarrollaba como unidad totémica ante él: *“el hermano de mi amigo estaba ahí y me hablaba con él, de ahí paraba con ellos, además éramos barrio pe”*. Ser barrio es ser uno con todos, es tener la obligación de estar con ellos, fortaleciendo el sentimiento de pertenencia hacia cierto dicho tótem barrial, así como a cada uno de sus integrantes. Su pasado pandillal sería ubicado en su biografía como parte de sus problemas, tildando aquellos días como de cosas de su “niñez”, es decir de una etapa de su vida en que era puesto a prueba su desempeño social. Una especie de infancia en la que se desenvolverán actitudes que, si bien hoy ve como equívocas, fueron propias de un perverso rito de iniciación:

(Antes me dedicaba a) Estar palteado en las calles. Antes paraba en pandilla pero son cosas de la niñez, yo soy de Alianza y paraba en la banda de Reynoso Grone, íbamos al estadio y todo eso. Guerreábamos en el Callao, ¡En Ate! En varios lugares y tenía una fama de malandrín por mi barrio, o sea la adrenalina te ciega, pero si lo ves desde otro punto de vista en el que te ven todos, ahí te das cuenta que estás haciendo mal.

Ser aliancista y “guerrear” en Ate, distrito en donde se encuentra el estadio Monumental de Universitario de Deportes, equipo cuya barra posee a sus más odiados enemigos, era parte de cierta valentía perversa que lo guiaba colectivamente a cierta efervescencia colectiva que lo llevaba a la necesidad de ser uno con su grupo. Es lo que él denomina adrenalina, pero que se puede identificar como un sentimiento cuyas características colectivas lo llevan a idear formas de sumo valor colectivo como su propio equipo de fútbol. Tal como señaló Durkheim las creencias son capaces de infundir poder a los creyentes y les transmiten ideales, dotando al hecho social de un poder de convocatoria que puede presenciarse en los fenómenos de *efervescencia* que origina (Vásquez 2012: 338), cegando su propia individualidad, en beneficio de valores grupales.

Al momento de relatar con cierta nostalgia aquellos momentos, se referirá a una efervescencia colectiva, de donde surgirá la experiencia de lo que cada uno de estos jóvenes considerará como sagrado (Durkheim 2012):

A ver, un guerroo chévere fue en el Callao, en Tarapacá saliendo del estadio, no sé si habrás visto cuando pasa la barra en grandes grupos. Ya ps. Todos estaban yendo, pero un grupo se abrió y se metió a un barrio del Callao y yo estaba con ellos. Nos agarramos en un callejón así tipo holligans ¿no has visto la película? Fuimos, los vimos, los correteamos empezaron con piedra, pero de ahí nos abrimos en dos grupos y empezamos a rodearlos ahí, los agarramos y llegó la policía y a correr se dijo.

Lo sagrado no surge como elemento a priori, que los lleva a defender símbolos

o espacios determinados. Lo sagrado surge como resultado de dicho proceso de efervescencia. En efecto, incluso las revoluciones pueden ser entendidas como experiencias de efervescencia social en que se fortalecen creencias compartidas, con alta fuerza social (Durkheim 2012). La persecución que desatará la pandilla de Pepe sobre sus enemigos tendrá lugar en cualquier momento, sin importar lo ajeno que sea a dicho espacio. En la medida que sea más difícil el reto, mayor será la satisfacción del pandillero. Son anécdotas de un guerrero que rechaza dicho pasado como parte de su presente, aunque recurra a él con cierta nostalgia del violento protagonismo que sostuvo.

A través de estos relatos biográficos, el entrevistado aceptaría dicha transición para alcanzar cierto grado de estabilidad individual, decidiendo finalmente abandonar toda costumbre pandillal. Inclusive instalará su pasado en una analogía cinematográfica en donde los pandilleros son los actores principales, sintiéndose, por instantes, el centro del mundo, al menos hasta que llegue la policía. Ésta evitará en todo momento que los guerreros sobredimensionen su violencia, ya sea entre ellos, o para con los vecinos.

Por aquel entonces su cuerpo urgía de sobrepasar los límites, aun a costa del peligro: *“la adrenalina de estar en acción, es como un deporte (sonrisas) solo que peligroso y el guerreo era lo mejor de ir al estadio y estar con la mancha de Reynoso. Los guerrees eran una adrenalina del momento, son cosas diferentes es como si sintieras euforia”*. Dicha euforia desaforada, que no es otra cosa que un fenómeno de efervescencia gracias a que lo sagrado va tomando forma y valor fundamental en cada integrando, lo llevaba a rebatir a la propia muerte mostrándose frente al enemigo sin importarle los riesgos.

La irracionalidad marcaría sus inicios como pandillero: *“Yo guerreeaba adelante, ¡era un loco de mierda! No siempre te reconocen los otros, yo era loco pe, paraba adelante en vez de seguirlos a los otros, ellos me seguían a mí porque yo me iba de avance o sea según la posición de todos. Iba a la cabeza de los chibolos”*. Su locura es digna de ser rememorada, al menos eso cree, ya que implicaba un liderazgo “de avance”, un abanderamiento que buscaba contagiar del espíritu guerrero a todos sus seguidores: ser un paradigma de un tipo de valentía marcada por la perversidad. En efecto, estar adelante no solo implica un elevado riesgo de ser herido, sino el ser identificado por los grupos enemigos que verán en dicho rostro a una futura víctima de sus venganzas.

Pepe nos explica la constitución de su grupo, así como las funciones que cumplían de acuerdo a sus respectivas edades. Él apenas tenía catorce años:

Tenías a los viejos y a los chibolos: los viejos eran la 5ta Grone, nosotros éramos Alboroto, pero en si todos éramos Reynoso. Los viejos tenían entre 17 y 30 años, los chibolos éramos de 10 a 16. Yo tenía 14 en ese entonces, pero era el más loco de todos en Reynoso, cuando guerreábamos iba adelante, no me importaba nada, me paseaba por todos lados.

La pandilla contaba con miembros mayores de 18 años. Estos forjaban en fuerza y arrojo a los niños y a los adolescentes, sirviendo de paradigma a emular por parte de todos. Un modo de vida organizado no puede cambiarse de la noche a la mañana. Si se apartaran abruptamente de estas rutinas, se sentirían desleales y serían dejados impotentes, sin respaldo, para reforzar su respeto hacia sí mismo, deberá decirse y decir a los otros que son un gran pueblo, que su cultura no es inferior a la de nadie y que sus grandes hombres son insuperables (Whyte 1971, p.332). No hablamos de una lógica de las semejanzas que permite la aparición de determinadas creencias colectivas, sino de una lógica de la producción ritual de las creencias colectivas que se transforma, en última instancia, en la producción cultural de lo social (Ribes 2010).

Pepe autoproclamaría una locura que no se basaría únicamente en un reto a la muerte. Contaba con la protección de un familiar que rebasaba las transiciones pandillales, un familiar dedicado a las actividades delictivas, capaz de imponer mayor miedo que el de unos pandilleros cuyo móvil no es el económico, sino el emotivo: “acá tengo un primo que es líder de todos los que venden droga, él se conoce a todos y por eso no se meten conmigo, pero igual ya fue pe, porque ya no estoy en nada”. Las redes que marcan su vida giran en torno a la criminalidad, siendo esta conexión cierto sostén a su comportamiento tan arriesgado.

Según refiere la violencia de la cual era protagonista, no había tenido consecuencias fatales en él, siendo la suerte una variable importante, según refiere. A la larga, son los policías los únicos que han sido capaces de propinarle golpes: “Yendo al estadio pasó una piedra por mi cabeza ni cuenta me di porque estaba de espaldas, no me cayó por suerte, pasó cerca de un pelito, me salvé. Nunca he recibido un mal golpe ni he tenido alguna lesión en el guerro, pero sí me han tirado palo los tombos, me ardió en el momento pero no llegó a nada más”. El guerro reclamaría víctimas al azar, pudiendo ser alcanzado por la turba enemiga y ser terriblemente golpeado o viviendo airoso para rememorar tiempos pasados de arrojo irracional.

Sin embargo, en cierto momento, el ímpetu por golpear cuanto se pueda, en un frenético acto de violencia colectiva en donde no importaba ni siquiera el tótem del equipo de fútbol que mancomunaba a todos, había tenido lugar en una de las más “graciosas” de las anécdotas de Pepe:

En el estadio no sé si habrás escuchado hace años la noticia de que se había dividido la barra de Alianza y que había peleas dentro de la tribuna sur de Matute, ese sí me dio risa porque no sabían quiénes eran pero igual les pegaban a cualquiera, yo agarre mi correa y con la hebilla empecé a dar vueltas (ríe) parecía pogo⁴ también tiraban bombardas, los tombos también se metieron (risas) un mate de risa, pero muchos heridos. Parecía pogo, pero era una broncaza todos contra todos yo no sé a quiénes les tire con la hebilla pero piña (mala suerte) si le cayó.

4 Pogo hace referencia a un intenso contacto entre cuerpos, a modo de empujones, que se realiza en conciertos de rock. Aunque el contacto sea violento, existirá un respeto y cuidado por no herir al otro.

El ímpetu guerrero que raya en la locura no tiene objetividad alguna y se caracterizaría por satisfacer al portador de la violencia, irradiándola por doquier, sin reconocer a enemigo alguno. Es el caos inaugurado por sensaciones ensimismadas y acordonadas por un individualismo egoísta incapaz de ver aliado alguno. Se pierden las fidelidades al equipo y a sus pares: el salvajismo juvenil lo erradica de cualquier decisión coherente con fines y propósitos identificados. Lo que parecía una especie de juego violento caracterizado por los empujones mutuos en grupos masivos (pogo) era en realidad una lucha fiera (bronca).

Ni el propio Pepe recordaba cómo fue que empezó ello, pero sí recuerda la atracción casi mecánica de la que fue objeto producto de la violencia suscitada en aquel perverso epicentro: "No sé la verdad cómo empezó, yo estaba en el otro extremo, no estaba cerca del bombo, pero vi que comenzó la bronca y fui corriendo a regalar golpes a quien sea (risas) quería dar regalos con mi correa". La violencia opera como un "obsequio" o acaso un don que se entrega en la medida que se recibe, un intercambio marcado por el delirio colectivo. Acaso la efervescencia tomaba, esta vez, un sentido distinto, ya que operaba como un acto colectivo de reciprocidad al intercambiar golpes por doquier, inaugurando un ritual performativo.

Un caso similar es el de Michael (17), puesto que protagonizó una serie de ejercicios colectivos que implicaban actos temerarios e ilegales, tales como pintar paredes, estar borracho en discotecas y fuera de ellas, pero más aun el enfrentar a otro grupo de adolescentes, en nombre de su colegio: "Era el Cesar Vallejo contra el Javier Heraud, iba para marcar mi cole ps pero ya fue eso, ahora paro en el estudio. Me decían que hoy hay guerreo en la tarde. Íbamos y quitábamos casacas para dejar en alto el nombre del cole pz, eran cosas de chibolos (risas)." En su relato, Michael admite que lo hecho se encuentra alejado de que hoy hace, dedicarse al estudio. Sin embargo no expone aquellas experiencias con la vergüenza de quien hizo algo incorrecto, sino con cierta satisfacción irónica de quien, si bien creía en argumentos falsos como dejar el nombre de su colegio muy en alto a través de actos violentos, era algo que a su edad, es decir en su condición de "chibolo", realizaba con sumo convencimiento.

Eran los otros aquellos que, más que convencerlo, lo invitaban a ser parte del común de jóvenes que, organizados, iban en busca de algo que trascienda su propia individualidad. De este modo habría un choque entre generaciones a través de un flujo generacional lo suficientemente organizado. El problema no es la falta de organización de estos grupos pandillales, sino la carencia de engranaje de dicha organización social con la estructura de la sociedad que lo rodea (Whyte 1971: 330).

Por su parte Juan (20), al momento de contar alguna anécdota en torno a sus costumbres pandillales, es claro al ser irónico consigo mismo, pues sostendrá "*no me acuerdo la verdad, todas son feas* (risas)". El entrevistado sostendrá que tanto adrenalina como emoción tendrán especial lugar en sus inicios de violencia juvenil: "sentí cómo mi cuerpo estaba lleno de adrenalina la emoción y todas esas cosas porque era

chibolo...estaba en el cole... ahora como que ya no porque ya no estoy para esas cosas, pero eso sí, no dejo que nadie se meta conmigo". Cabe destacar el modo en que Juan, al igual que Michael, minimiza su culpa al señalar que aun era un "chibolo". Se referirá, sin lugar a dudas, al rito de iniciación del cual habría formado parte.

Hoy, si bien no se desenvuelve más como un pandillero que actúa sin el debido respeto a las normas, no dejará de señalar que no aceptará que nadie le infrinja daño o molestia alguna. Para aclarar este punto, sostiene: "o sea no dejo que se metan con mi equipo por ejemplo o sea una cosa es normal de juego otra cosa es que me digan cagón⁵ o esas cosas pe".

El caso de Simón (18) es distinto, pues defenderá su barrio. A él no le interesará exponerse en nombre de algún equipo de fútbol, sino en defensa de su propio barrio, como él mismo sostiene: "no nada, no guerreo ni nada, esa nota no paga⁶, aunque yo sí defiendo mi barrio, no tengo paltas, si bajan (vienen), acá estamos". El entrevistado no niega que decida enfrentarse a ciertos enemigos, lo que negará será que lo haga con cierta finalidad hedonista, es decir de cierto club de fútbol que poco o nada tendría que ver con sus intereses. Su barrio, en cambio, es el lugar en el que vive. Ello, sostiene, es más trascendental: "yo no guerreo, yo peleo. Eso de estar tirando piedra, nada".

"Guerrear" para Simón no tendrá ningún efecto, lo menosprecia. Por el contrario, pelear sí, pues aquello formaría parte de un enfrentamiento con objetivos claramente trazados. Al pedirle un ejemplo, escogerá uno con elementos patriarcales de dominación sobre las mujeres de su barrio: "Bajan para loquear a nuestras amigas ps y ya ps. Las peleas eran a puño limpio, a veces con palos o piedras, pero más puño nada más." Loquear es un verbo que se vuelve negativo al incorporar elementos de burla y sarcasmo que el otro no aceptará. Sin embargo, el espíritu de pertenencia que sostiene Simón se remontaría a las primeras formas del patriarcado, en donde la sexualidad de las mujeres en una mercancía que se limitaba al cuidado del hombre (Lerner 1990). Las peleas que el entrevistado protagonizaría serían para defender lo que cree es suyo, su espacio, sus mujeres, su honor.

4.3. Las discotecas y su rol en las interacciones violentas

En este apartado se analizará tanto los efectos del alcohol, como el escenario lúdico de las fiestas y discotecas que, en ciertos contextos, recrudescen en ejercicios de prácticas violentas. Como primer caso tenemos a Kasandra, quien había sido denunciada penalmente por haber robado en una casa. Señaló que estuvo bajo los efectos del alcohol. Aparentemente había caído en una confusa percepción de lo que le rodea, rompiendo las normas más básicas de la sociedad:

5 Cagón tiene múltiples acepciones, aunque todas son negativas. Comúnmente se utiliza peyorativamente para referirse a los simpatizantes del club deportivo Alianza Lima.

6 "No paga" equivale a expresar que algo no vale la pena y que inclusive puede ser perjudicial.

Un día llegué mareada a mi casa y ese día mi mamá me dijo que me había llegado una citación de un delito que yo había cometido. Robo agravado en una casa. "Mira hija en lo que te has metido"... me dijo mi mamá. Por andar mal a veces uno termina mal. Lo hice de locura ese día, por andar borracha, me había metido a una casa a robar y en mi borrachera me quedé dormida todavía. Pero yo no soy ese tipo de personas, eso fue todo por el alcohol.

El alcoholismo sería una actividad que, si bien posee consecuencias directas en el organismo, no deja nunca de ser social, en el sentido de que el acto iniciado dentro del organismo exige su complementación en las acciones de los otros (Mead 1990). En la medida que el organismo es activado, provoca una serie de tensiones que busca el sujeto para la culminación de una serie de objetivos, que se contraponen directamente con la actitud de la comunidad, la actitud generalizada. Logra ahogar el "mí" que le impediría de cierta manera adoptar las actitudes organizadas de los otros sobre sí mismo. Dicha reacción al no ser simplemente mecánica funcionará como necesidad moral, tratándose de un comportamiento social que perenniza a un "yo" emancipado, perdiéndose la responsabilidad consciente (Mead 1990).

Sumado al alcohol, al momento de ser interrogada por la policía, trataría de escudarse en la asimilación hacia los otros, como recurriendo a cierta socialización inevitable con el pandillaje: "Entonces me preguntaron (en el interrogatorio) quién había robado la casa, porque aparecían varios nombres ahí. Y es que como yo de miedo había dicho que yo había entrado con amigos y amigas. Pero no era así, porque yo había entrado sola estando mareada. Había hecho una ridiculez bien fea."

La ridiculez a la que se refiere, desde su perspectiva es aun más grande, en la medida que fue decisión propia y no como parte de un juicio colectivo. Es una auto recriminación doble, en donde una acción insensata tiene su raíz en el consumo desmedido del alcohol. Pero no es la única ocasión en la que el alcohol se convierte en el culpable de sus acciones. Nos relata: "Ah, yo vivía mal. Una vez un chico me metió un puñete y me tiró al suelo por andar mal. Me sacó sangre de la nariz y me la hinchó" Cuando se le preguntó a qué se debía este tipo de actitud violenta contra ella, sentirá que no se habría valorado lo suficiente:

Porque estábamos tomando y yo me había cruzado. Cosas malas. Como mujer no me supe valorar. Cuando uno vive así le pasan cosas malas. Entonces, como yo tenía tíos que no permitirían que me pongan la mano, yo tapaba todas esas cosas que me hacían a mí. No les decía a ellos lo que me ha pasado, porque si yo les decía ellos iban a buscar a ese chico y seguro le iban a pegar o lo podían dejar inválido o yo que sé.

Inclusive su mundo de la vida más cercano era sumamente violento. Ella se encontraba en cierta intersección en donde le era difícil reconocer lo mejor para ella. No podía decir nada ya que en ese mundo los problemas se resolvían con violencia,

a modo de un círculo vicioso en donde dicho ejercicio era perenne y constante. Asistimos a un mundo en el que ya no experimentamos un sentimiento conformado del yo y en el que cada vez tenemos mayores dudas sobre la condición de una identidad apropiada, con atributos tangibles, ¿qué consecuencias puede acarrear esto? ¿Cómo reaccionaremos frente a los acontecimientos futuros? (Gergen 2006: 36).

Por su parte Pepe relatará que inclusive los momentos lúdicos no dejaban de teñirse de violencia y muerte. No había descanso para aquellos jóvenes pandilleros y todo contexto estaba infestado de agresión e inseguridad. Para Pepe lo mejor de aquellas épocas eran aquellas fiestas en donde el alcohol y la droga hacían las veces de detonantes mortíferos. Denominaría aquellas fiestas como las de “rompe y raja” que terminarían, en efecto, con rupturas y resquebrajamientos violentos. Hasta Pepe temía de algunas fiestas, pues sabía que inclusive él, el escurridizo y temerario Pepe, podría terminar muy mal:

Lo mejor eran los tonos de rompe y raja los aniversarios, parecían concierto internos terminaban en bronca (sonrisas) porque se cruzan⁷ pe, las chelas, la droga que corre por ahí. En aniversarios vienen de todos lados por ejemplo venían de distintas zonas del Callao, de Lima, eran aniversarios de barrios pero habían tonos también de cumpleaños polladas, de todo Reynoso que está dividido por zonas y bandas. Algunas veces nomás iba porque de ahí para regresar era jodido. Es que eran en Lima o zonas peligrosas del Callao ¡Ahí sí me prevenía de ir!

El miedo que admitía tener radicaba en las armas de fuego que se suelen tener en dichas actividades. Si no hay fuerza policial que prevenga los comportamientos excesivos de aquellos jóvenes, estos no encontrarán límites a sus descontroladas ansias de destrucción, rayando en la crueldad, en el asesinato: “tengo miedo a que pase algo, porque balas corre en cualquier parte. En la mayoría de guerresos se presentan las balas”. Pepe nos explicó cómo era que en los estadios o en las calles los policías estarán cerca para evitar todo descontrol en que juegan a liquidar a sus oponentes, aunque ello cueste la vida de una o más personas. Sin embargo, si no hay policías cerca “todos meten balan” comenta riendo, casi perversamente, rememorando épocas en donde hasta las pistolas se incorporaban a tan peligrosos rituales.

El “Chino”(20) adjetivo con el que se identifica⁸, era un joven vinculado a violentos escenarios. Recordó con cierto estupor los tiempos en que se sentía perseguido por los enemigos de otros “barrios”. Su vida cotidiana era amenazada constantemente debido a ejercer actitudes que lo enfrentaban a muchas personas. Dichas personas tenían actitudes como las de él, siempre a la espera de quien se atreva a provocarles. Pero no actuarían solos: en la medida que tuvieran a otros como ellos en sus grupos, retarían al mundo entero sin importar quiénes sean. Es una especie de sumatoria

7 Con “cruzar” se hace referencia a que se vuelven irracionales, conflictivos y pierden todo atisbo de diálogo.

8 Decirle “Chino” a alguien es un modo muy común de referirse a alguien. Dicho apelativo es una forma de popularizar a todo sujeto que desprende suficiente confianza.

de ímpetus violentistas, que aisladamente puede no ser muy nociva a la sociedad, pero todas juntas son capaces de conquistar las calles: un furor colectivo producto de procesos de efervescencia juvenil incapaz de ver restricción alguna:

Los problemas más feos fueron cuando estuvieron buscando los del otro barrio del Callao, bueno eso fue porque mi hermano hizo su tono y tuvo un problema con su enamorada y ella se puso a llorar y un chibolo del barrio de ella saltó y mi hermano le dijo que no se metiera y comenzó la bronca y un pata del otro barrio se quedó y le desfiguraron hasta que lo tiramos afuera en la calle y llegó la tontería y salimos corriendo; los tombs nos empezaron a disparar y (nosotros) corriendo y corriendo. Ahí empezaron los problemas: empezaron a buscarnos en carro nomas. Venían ellos a chapar a cualquiera, a cualquiera.

El entrevistado no atravesará dichas situaciones solo, ya que contará siempre con su hermano, incrementando los problemas debido a su actitud violenta. En el mundo juvenil pandillal no hay negociaciones entre los enemigos, actuando sin detenerse a reflexionar en las causas o consecuencias de sus actos. De este modo evitan que el juicio obnuble su resolución inmediata y su supuesta valentía.

Una inquietud queda expuesta ¿por qué desfigurar a una persona? Consideremos que dicha acción busca estigmatizar a la víctima, quien recordará siempre su afrenta contra quienes lo vencieron y castigaron marcándolo perennemente como en las conquistas más bárbaras. Tal como afirma Bottaro (2012), cualquier “extraño” que no compartiera los mismos valores o normas podría perturbar el normal funcionamiento del conjunto, por lo cual será considerado “peligroso”, siendo necesario expulsarlo, marginarlo y estigmatizarlo, ya que estará en juego el cuestionamiento el propio orden:

Ese huevón se cagó el tono que estaba piola, o sea el tono era para recaudar fondos para comprar un equipo de sonido y se perdió toda la cerveza que pedimos a consignación pes, o sea mi hermano en vez de ganar, perdió más de lo que debía, además ¿para qué se mete? En una mecha de pareja no hay terceros, solo la pareja tiene que afrontar sus problemas.

Puede reconocerse el modo en que piensan aquellos que violentarían contra las mujeres en las calles o en otros lugares públicos –ni qué decir de los espacios privados– en donde no debe haber otros que intervengan en sus maltratos, en su abuso de poder, en suma, en su modo de imponerse patriarcalmente a las mujeres. Ello cobraría formas eminentemente grotescas a los ojos de todos, tal como se consigna en el testimonio. Continuando con las persecuciones pandillales, se percibe el modo en que se vivirá una cotidianidad constantemente amenazada, al encontrar su objetivo cuando al fin empiecen a trabajar y aprendan a convivir en espacios públicos, viendo al otro como alguien digno de respeto:

No, cualquiera de nuestro barrio (era perseguido), bueno en mi barrio hay un bar que le dicen el Bananos, un día llegaron y se pusieron a tomar ahí (la otra banda), pero fue para ver si uno de nosotros pasaba o era reconocido, para después chaparlo solo. Así son todos, en mancha nomás te buscan. Pero eso fue en tiempo de chibolada, ahora todos trabajan, y si salimos es a discotecas a pasarla bien y que si hay un faltoso en la discoteca le cae (risas).

El "Chino" es capaz de ver en los enemigos una característica afín a su propio grupo y al de muchos otros que buscan imponerse a través de la violencia: siempre manifiestan su descontento de modo colectivo. Para él ello es una clara expresión de cobardía. En efecto, la composición habitual del grupo y la falta de seguridad social por parte de sus miembros, contribuyen a producir una proporción muy elevada de interacción social dentro del grupo: la estructura de la pandilla es un producto de estas interacciones (Whyte 1971: 313).

No diremos que ve espejos que reflejan su propia actitud, ve comportamientos grupales que demuestran un grado de impotencia individual en desatar actos vandálicos. Al no ser capaz de ver tal defecto en él ni en los suyos, reflejará un modo de saberse dueño de la única verdad que debe imperar: la de su grupo. De ese modo se entiende que denomine "faltoso" a todo aquel que ose retarlo o incomodarlo:

Bueno, más cuando tú tienes un grupo, cuando estás en la disco, les llamo faltosos a huevones que empiezan a empujar y se creen la gran cagada, y uno normal, sigues toneando bailando haciendo chongo hasta que uno le busca, le dices; causa que chucha empujas y comienza, y ellos que dicen, si te responden le dices; qué chucha, te achoras, y siempre va ver uno que meta la mano o salte por él, igual.

Entiéndase que faltoso tiene como raíz semántica el término falta. Nos referiríamos a un modo de concebirse a sí mismo como a una autoridad que no soportará faltas a las leyes estipuladas por él mismo y los suyos. Estas leyes empiezan con su imposición y acaba con la misma. No hay lugar para los "achoramientos" es decir para aquellos que no estén de acuerdo con el designio de quienes creen detentar la única verdad. Nuevamente no hay negociación en estos altercados, o son los unos o son los otros los que administren la única razón. Se busca la propinación de estigmas mutuos en donde jóvenes que fácilmente pueden tener mucho en común, poseerán rasgos que se impondrán a la fuerza a la atención de los unos hacia los otros, llevando a que se alejen mutuamente, anulando cualquier otro atributo positivo (Goffman 2003).

Acaso sea un pretexto para llevar a cabo su continua persecución de buscar súbditos que teman a su fuerza y a su autoridad que sólo sabe apelar a la violencia más impulsiva. Sin embargo no todo será tal como lo estipula su código monocromo de la autoridad. Relatará ahora sobre los sucesos que acontecieron en torno a una pelea en una discoteca de Lince, en donde fueron expulsados y menospreciados no solo de la discoteca, sino del orden masculino de poder:

Fue como hace 4 ó 5 años con los del barrio en el Niza (discoteca), empezaron a mirar y a empujar y mi hermano les habló pues, y comenzó y quedó ahí, después de nuevo, los mismos huevones, y metió puñete y al toque los de seguridad llegaron, lo chaparon del cuello y lo sacaron y un huevón de seguridad le metió un cachetadón y mi hermano, que no es tan huevón, le metió uno al de seguridad le dijo; ¡qué chucha le levantas la mano! Y los del otro grupo no le hicieron nada pe, nos sacaron a nosotros y ellos se quedaron y ya pes nos quitamos. Pero no nos quitamos, esperamos media hora a que salieran ellos, pero nunca salieron. En esos tiempos el Niza terminaba a las 7 ó 7 y media pero no salieron, y nos quitamos.

La impotencia que recorre los cuerpos juveniles en estos contextos de violencia callejera cotidiana es muy difícil de soportar y menos aún de controlar. Para evitar soportar dicha sensación en el futuro lo mejor será desligarse de todo ámbito en donde sus leyes no pueden imponerse, exponiendo una serie de pretextos que eviten poner en tela de juicio su maltrecho orgullo: “ya nunca más volvimos a ir al Niza, bueno, yo sí he ido el año pasado con los patas de la universidad, pero ahora el Niza es más lacra⁹, puro lacra baja ahora”.

Violentar contra el usurpador de poder no solo será en un nivel físico. Primero se le “trabaja” verbalmente, protagonizando una lucha verbal en donde no se apela a la negociación ya que ninguna parte busca ceder, sino a disminuir al otro sin necesidad de recurrir al ejercicio de la violencia física. Leamos cómo se lleva a la práctica dicha estrategia:

Con otro pata en el Katmandu de Pueblo Libre. Los patas del otro grupo ya estaban hechos, o sea borrachos, bueno yo en ese momento estaba en el baño con mi causa y subimos; y vemos pues que un huevón está que le menta la madre pues, y le dice: “Oe conchetumare qué chucha agarras mi chela” Y mi causa le dice: “Qué chucha dices oe. Qué chela, esta es mía”.

Mentar a la madre y utilizar otros términos soeces es, en muchos casos, el proemio a la violencia desatada. Si ello no es suficiente, pues empezarán los golpes: “Y mi hermano estaba bailando pes y se metió, y le dijo: “no te achores mierda” y le metí un cachetadón”. Sus espaldas estarán protegidas por su hermano, por lo cual su valentía será exponencial al número de pares que lo rodeen, lo cual lo llevará a golpear a quien amenace con incomodar su divertimento. Su hermano doblegará el castigo, y a su ayuda acudirán otros aliados más que, en medio de todo, serán tan fieles a aquellos quienes conozcan, como a los deseos de ejercer su prepotencia física:

Mi hermano deja de bailar y de la nada mete un puñete, y los del otro grupo chaparon un vaso y le quisieron meter en la cara a mi causa y mi pata lo ayudó y mete la mano. En ese tiempo mi pata estaba postulando a La Marina y teníamos

9 Se refiere a que el tipo de gente que asiste es de un status inferior.

otra pata que ya se había recibido de La Marina y viene un huevón por atrás de mi hermano y lo chapa del cuello, y le dije: “suéltalo conchetumare, va a ser peor”. Y lo soltó y se abrió el pata y no se metió y mi hermano le metió su puñete por meterse, y no sé, y como mi hermano conocía algunos patas de Magdalena, saltaron también por nosotros, y nos tuvimos que quitar. Y eso fue todo, metimos puñete y todo, es todo.

No hay lugar para el que “se mete”. No habrá sino un duro castigo para quien se atreva a detener los desaforados ímpetus que se desatan en estos contextos. Solo queda presenciarlo, apartarse y soportarlo. El pandillaje barrial representará un modo prepotente de exponer todo tipo de desmanes con un público -los vecinos y demás transeúntes- que nada podrán hacer sino servir de testigos a quienes buscan quienes los premien y feliciten por tales sacrificios.

Sin embargo el “Chino” no es ningún improvisado de las barras. Su práctica es cotidiana y no es un simple paso transicional en su vida, es un modo de aprender a vivir y a convivir con el tipo de grupo social que le tocó convivir. Para él las barras son prácticas adolescentes ajenas a su gusto: “Bueno de ir al estadio, no, no me gusta pero sí soy hinch de la U y si voy al estadio es por joda, no soy de guerrear, no nada que ver, esas cosas se la dejo a los barristas. No me da miedo, nada que ver, ya no soy ningún chibolo”. En tales contextos no valen sus propias leyes cotidianas. Las posibilidades de ser víctimas de la arremetida colectiva lo podría terminar por matar. Aunque su testimonio radique en una actitud autoritaria y poco dialogante, es un modo de vivir que se abre paso en contextos de violencia cotidiana que existen muy a su pesar. No busca empeorar su situación. Se vislumbra un temor que más allá de negarle la gloria pandillal, le permitirá salvaguardar su propia vida.

4.4. Abandono del pandillaje

En este acápite final, se mencionarán algunos elementos que llevaron a que los actores aludidos decidieran abandonar todo tipo de costumbre violenta pandillal o delinencial. Como primera aproximación se halla el respeto a la propia familia.

En el caso de Pepe, aceptará que estuvo cegado, reconociendo cuán equivocado estaba al no reconocerse desde la perspectiva de otras personas ajenas a sus pares más inmediatos. Es capaz de trascender del mundo de la vida cotidiana juvenil, para apreciarse desde una esfera más amplia, el de una moral generalizada que pudo inyectar en él suficiente remordimiento por sus acciones delictivas, antes de caer por entero en la delincuencia, de que sea encarcelado o de que sea asesinado (Loayza 2011).

En efecto, en la biografía de Pepe el móvil que lo llevó a abandonar el pandillaje, fue el respeto hacia su familia. Ni la locura más excesiva, el ímpetu de su cuerpo por derrochar energía o la búsqueda de mayores retos a conquistar pudieron contra el amor filial hacia su hogar. Aquella bisagra le hizo reflexionar, siendo capaz de visualizarse

desde una perspectiva aún más apartada rebasando las expectativas de sus pares para reconocerse como un delincuente:

Entrevistador: ¿Y por qué lo dejaste?

Pepe: Es que estar en eso es una vaina, más sufren los de tu alrededor ¿tú estarías en eso? Tu familia es la que sufre.

Entrevistador: ¿Tus padres sabían?

Pepe: Si pe, ¡pero ya qué chucha! O sea no de todo sino que mi vieja estaba preocupada porque algo me podía pasar porque era guerreo a diario, de ahí si me fichaban los tombos o me llevaban a la comisaría, solo estaba ps. Pero nunca me llevaron, yo era más rápido.

Ser fichado es ser proclamado como un delincuente. Es el fin de los rituales, es tomar una posición disfuncional en la sociedad que castiga a los malhechores. Luego de ser fichado, no hay vuelta atrás. A sabiendas de aquella posibilidad, Pepe no se identificaría nunca más con aquel estilo de vida, puesto que con la mayoría de edad, sobrevienen las penas de pleno derecho. En efecto, tal como lo plantean Rodgers y Baird (2016) en Latinoamérica se tiende a fusionar pandillas y el crimen organizado con cierta tendencia amarillista. Estos lazos, destacan los autores, no son preordenados y suelen ser opacos y muy cambiantes. Pepe temía ser confundido con aquel grupo que aunque se le tilde de pandilla, no es el tipo de pandilla que caracterizaría el accionar de Pepe.

Por su parte, Roberto (17) al momento de relatar sus aventuras al momento de enfrentar otros grupos pandillales, fue llevado a la comisaría en múltiples ocasiones, siendo vergonzoso para él llamar a su familia. Ni siquiera iban a ir a su auxilio, se anima decir, dada la recurrencia con la cual eran atrapados:

Fue en el estadio fue por defender la bandera ps la gente cagona se paro y, asu, eran un *pincho* nosotros éramos 20 nomás y ya ps nos agarramos y en eso vinieron sus maridos los tombos y la picamos ps y ellos andaban con caballo también y asu me metieron un palazo y a mí y a mis otros patas nos llevaron a la comisaría por hacer alboroto (risas) pucha que tuvo que ir un amigo de mi pata que es abogado porque nica llamábamos a nuestras casas porque no nos iban a sacar porque ya nos habían agarrado varias veces,

En este caso hay que destacar que si bien existe cierto respeto a la familia que ya en repetidas ocasiones debía recogerlo de la comisaría, también se percibe el modo en que va alejándose de dicha dependencia moral, acudiendo a personas neutrales, conocedoras en leyes. Roberto correría el riesgo de alejarse por completo de una reflexividad heterogénea.

Caso muy distinto es el de Michael, quien abandona el pandillaje gracias a que pudo observarse a partir de los ojos externos de alguien ajena a su grupo pandillal, una mujer por la cual se sentía atraído: "a una chica que quería conquistar no le gustaba esa

nota y la fui dejando poco a poco y me gustó más eso antes me vestía todo pirañón, ahora me visto normal". Gracias a este ejercicio vio el estigma que pesaba sobre él y los suyos tanto en el comportamiento como en el vestuario, decidiendo alejarse de aquel estilo de vida para acercarse a la aprobación generalizada. Gracias a ello pudo estar a la altura del nuevo reto que le presentaba su vida, enamorar a una mujer.

El caso de Kasandra nos lleva a pensar no solo en la familia, sino en la fe religiosa como vehículo de cambio y transformación del individuo. Luego del robo efectuado, decidió cambiar por completo, basando su fe en algo más trascendental que sus propios problemas:

Yo no sabía qué hacer, ya que le hacía sufrir tanto a mi madre. Me interné en REMAR, que queda por acá por Lima. Estaba tan cegada que no sabía qué hacer. El diablo estaba haciendo de mi vida lo que quería. Poco a poco en esa casa cristiana entendí que era un lugar donde te ayudaban y empecé a ir a la iglesia que quedaba cerca a esa casa hogar. Empecé a buscar a Dios y aprendía saber de Dios. Iba a la iglesia todos los domingos y poco a poco fui empezando a amar a Dios.

Su amor hacia Dios le permitió confiar más en ella misma, descubriendo inclusive la capacidad de componer música religiosa. En dicha búsqueda recibió la ayuda de un abogado quien fue solidario con ella dado que ambos mancomunaban una sola fe cristiana: "Yo me quedé admirada y le empecé a contar de mis problemas. Fue algo tan bonito y yo dije Dios ha puesto un ángel en mi camino". Gracias a este episodio, se reforzó aun más dicha fe hasta el día de hoy.

En el caso de Juan hubo un cambio en su persona, al punto de ir soslayando cada vez más sus antiguas costumbres pandillales pues sus responsabilidades son mayores gracias a su desempeño laboral:

Ahora ya no tanto ya no estoy para eso pues, porque ya voy a empezar a trabajar y esas cosas, como que es algo peligroso que te caiga una piedra o algo, aparte es exponerse por gusto, ahora más que nada voy a alentar a mi equipo. O sea no decidí, simplemente que ya no me llama la atención es algo que veo y digo ah ya paja, pero paso.

De este modo, insertándose a un mundo que sobrepasa con creces su desenvolvimiento pandillal, el del trabajo, su fidelidad hacia su equipo no desaparece, sino que se transforma en algo menos comprometedor colectivamente, y más en un camino individual a seguir como una faceta lúdica más, entre otras, de su vida. Por su parte, el caso de Julio César (16) nos remite a la búsqueda de la conservación de la propia vida, a partir de un episodio que lo alejó de la tribuna en la que solía alentar a su equipo:

Me encanta ir al estadio para ver al equipo que me generan entusiasmo, emoción y alegría. Me encanta ir al estadio no solo para ver y alentar a mi equipo

preferido que es la U, sino también para sentir esa adrenalina que genera en una tribuna del estadio. Una anécdota fue cuando en la tribuna que estaba (la trinchera norte) se produjo un enfrentamiento de barrios del mismo equipo por entradas, esta batalla dejó como saldo a varias personas con heridas leves producto de los correazos que les caían, incluyéndome, es por eso que ahora, junto con mis amigos de mi barrio, alentamos al equipo de nuestros amores al otro extremo del estadio, que es Oriente.

Su gusto por ir al Estadio es similar al de Juan, sin embargo ambos buscan evitar caer inmersos en enfrentamientos en donde puedan ser heridos. El entrevistado no deja de sentirse atraído hacia la efervescencia de acudir a un estadio de fútbol, sin embargo su anécdota nos lleva a pensarlo como una víctima que debe rehuir al peligro dada las condiciones que se interponen en su deseo por asistir al estadio. Inclusive siempre rehuyó de los “guerreos” entre pandilleros por ciertos principios: “no soy de esas personas que creen ser conocidos por el solo hecho de tirar piedra, pegar a alguien o matar, tengo principios. En mi barrio casi todos los días se guerrear, pero yo no, pues aprecio mi vida, no quiero morir aun (risas).” El entrevistado se referiría, acaso, a un principio aun mayor, uno referido a la auto conservación de la vida.

Finalmente, nos referiremos al “Chino”, quien relatará con cierto temor que las barras al momento de robar trofeos como las camisetas de un equipo determinado, son capaces de asesinar a enemigos tan comunes como ellos mismos:

Quando estuve de viaje en Chiclayo, pasaba eso y eso sí, te veían los miembros de otras barras, te sacaban la camiseta, y encima te dejaban medio muerto, bueno eso se considera como un trofeo si esa camiseta pertenece a otra barra. Bueno, estuve a punto de participar pero eso fue hace mucho tiempo atrás. En sí da miedo pero no participé por razones que si te chapaban te cae y peor si te chapaban los tombo, era peor porque te meten al calabozo y te sacan la mierda.

El mayor miedo será a la policía, la cual ya estará acostumbrada este tipo de desmanes, y buscará desterrarlo a través de la violencia, aunque no por ello conseguirá persuadir a dichas masas juveniles de continuar abocados a algún tipo de trascendencia colectiva.

5. Conclusiones

Comprender las pandillas como fenómeno exento de complejidad, de simultaneidades y de paralelismos, dificulta la tarea de atender esta problemática, ya que se tiende a buscar mecánicamente causas y efectos, sin dar cuenta de las contradicciones ínsitas en la vida juvenil pandillal tanto estructurales, como contextuales. Se visibilizan a mujeres y hombres que demostrarán actitudes de

remordimiento y de auto crítica, debido al temor de defraudar a su familia y a una sociedad representada por sus vecinos y/o pares que no están insertos en el mundo pandilleril. Los entrevistados son capaces de reflexionar en torno al otro generalizado (Mead, 1990), que los juzga desde un ámbito que trasciende el de las pandillas.

Cada caso refiere situaciones distintas, en donde la empatía del joven por su propia familia, por sus valores religiosos o inclusive por una mujer que despierta cierta atracción, ha de permitir que trascienda su fidelidad pandillal. Más aun, será desde la perspectiva social mediante la cual podrán dilucidar metas profesionales distantes al círculo vicioso violento que protagonizaron en el contexto social en donde les tocó vivir y que amenazó con delimitar sus vidas a la delincuencia.

Se puede dilucidar el modo en que, inclusive, la violencia se manifiesta en espacios públicos, como discotecas o fiestas, con lo cual el joven o la joven, deberá estar alerta en todo momento, disponiéndose a ejercer la violencia no solo como signo de poder, respeto y reconocimiento, sino de imposición al momento de defender las razones unilaterales de su grupo. Todo ello en un espacio juvenil eminentemente perverso que lo va moldeando en el ejercicio de prácticas desvirtuadas.

Podemos establecer que la juventud pandillal estaría marcada por la renuncia a una meta por alcanzar, un proyecto económico, político o social por realizar (Maffesoli 2004). Preferirían “entrar en” el plano de estar- juntos, “entrar en” la intensidad del momento, “entrar en” el goce del mundo tal cual es. Asistimos al ejercicio de una poderosa efervescencia colectiva que va recreando rituales que se estructurarán cada vez más, dejando de ser performativos para ser comunes y constantes, debido a que anularán todo asomo de autorreflexividad.

Estamos ante la construcción de jóvenes pandilleros cuyos objetivos no se mueven en torno a necesidades económicas sino a dilemas como los de Chucho, que le impide ver el estigma que recaerá sobre él. Estigmas que los vuelven de espaldas a la sociedad, o los convierten en fieros enemigos de otros jóvenes como ellos en un mutuo juego dramático que, si bien ha sido superado por los entrevistados, pudo haber cobrado sus vidas o la de otras personas. Aunque se crea que se trata de bandas criminales que merecen el castigo máximo, en realidad se moverán en diversos escenarios, buscándose a ellos mismos en equivocados ejercicios de estigmatización recíproca.

Referencias Bibliográficas

- Baudrillard, J. (2006). *La agonía del poder*. Madrid: Círculo de Bellas Artes.
- Beltrán, M. (2005). El dilema: Acción y estructura. Una visión desde Jeffrey Alexander y Anthony Giddens. *Revista Colombiana de Sociología*, 24, 251-271.

- Blumenfeld, W. (1963). *La juventud como situación conflictiva*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Bottaro, L. (2012). El estigma en las relaciones sociales entre “grupos divergentes”. Algunas reflexiones a partir de Norbert Elías y Erving Goffman. *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, 9, s/p.
- Cerbino, M. (2011). *Más allá de las pandillas, violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado*. Quito: FLACSO.
- (2012). *El lugar de la violencia. Perspectivas críticas sobre pandillerismo juvenil*. Quito: Taurus.
- Chiriboga, C.(2013). *Perspectivas conceptuales sobre adolescencia y violencia*. Guayaquil: UNICEF.
- Córdova, Abby (2017). La incidencia de las pandillas en los barrios salvadoreños y su efecto en la legitimidad política. *América Latina Hoy*, 77, 47-66.
- Di Napoli, P. (2012). Jóvenes, violencia y escuela: un análisis de las relaciones entre grupos de pares en dos escuelas secundarias de la Argentina. *Revista Austral de ciencias sociales*, 23, 25-45.
- Durkheim, E.(2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Feixa, C. (2015). Bandas latinas en Cataluña (y más allá). *Justicia, Derecho y Sociedad*. Marianella Ledesma Coord. Lima: Centro de Estudios Constitucionales.
- García, G.(1997). “La Criminología en la modernidad y en la postmodernidad”. *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas*, no. 5.
- Gergen, K. (2006). *El yo saturado*. Barcelona: Paidós.
- Gilligan, C. (1994). *La moral y la teoría*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Goffman, E. (1990). *Estigma o la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Loayza, J.(2011). *Juventud y clandestinidad en Lima, imaginarios y prácticas violentas*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus*. México D.F.: Siglo xxi editores.
- Mead, G. (1990). *Espíritu, persona y sociedad*. México D.F.: Paidós Studio.
- Picca, G. (1993). Una aproximación a la sociología criminal. *Eguzkilore*, 7, 169-175.
- Ribes, A. (2010). Durkheim contra Durkheim, los límites de la lógica secuencial

totalidad-fragmentación. En *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 28, s/p.

Rodgers, D. y BAIRD, A. (2016). Entender a las pandillas de América Latina: una revisión de la literatura. *Estudios Socio-Jurídicos*, 18, 13-53.

Vásquez, J. (2012). La concepción del hecho social en Durkheim. *Política y Sociedad*, 2, 331-351.

Vommaro, P. (2014). La disputa de lo público en América Latina. *Nueva Sociedad*, 251, 55-69.

Whyte, W. (1971). *La sociedad de las esquinas*. México D.F.: Editorial Diana.